

HISTORIA JENERAL
DE CHILE

POR

DIEGO BARROS ARANA

TOMO PRIMERO

SANTIAGO
RAFAEL JOVER, EDITOR

CALLE DEL PUENTE, NÚM. 15-D

1884

HISTORIA JENERAL

DE CHILE



Lito. H. C. Gille

Kohus

Diego Barros Arana

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"

PRÓLOGO



La publicación de una nueva *Historia de Chile*, después de los diferentes libros que existen con títulos análogos, exige algunas palabras que la justifiquen.

Las obras que al presente forman la literatura histórica de Chile se clasifican en tres grupos diferentes.

Pertencen al primero unas cuantas crónicas o memorias escritas por contemporáneos de los sucesos que narran. Sus autores fueron generalmente soldados mas o ménos inteligentes, pero desprovistos de los conocimientos i de la práctica literaria que dan a los libros formas cuidadas i agradables. Dispuestas de ordinario con poco método, re-dactadas con desaliño, esas crónicas son sin embargo un auxiliar poderoso del historiador. No solo consignan noticias preciosas i casi siempre exactas sobre los hombres i los sucesos pasados, sino que las revisten de un colorido especial que nos permite penetrar en el espíritu i en las ideas de esos tiempos. Estas crónicas, desgracia-damente mui escasas, se refieren a períodos sumamente limitados, de tal suerte que fuera de esos cortos períodos, el historiador no puede disponer de ninguna guía de esa clase.

El segundo grupo es compuesto por obras de mui distinto jénero. Escritores inteligentes e ilustrados, investigadores laboriosos, se han propuesto estudiar ciertas épocas o materias determinadas, i han formado *monografías* o *historias* parciales que dejan ver un prolijo exámen de los documentos, una esposicion ordenada i metódica de los hechos, un criterio elevado para juzgarlos i con frecuencia un verda-dero arte literario en la narracion. Estos libros, fruto de la cultura a

que ha llegado nuestro país en los últimos años, son fragmentos notables de la historia nacional, interesantes para todo género de lectores, i utilísimos para el historiador que emprende una obra mas vasta i mas jeneral; pero no se completan unos a otros, i dejan todavía largos períodos históricos casi absolutamente inexplorados.

Forman el tercer grupo, que es el mas abundante pero al mismo tiempo el ménos valioso de todos, las obras de conjunto, las llamadas historias jenerales. Desde el padre jesuita Alonso de Ovalle que escribía en la primera mitad del siglo XVII, hasta el sabio naturalista frances que doscientos años mas tarde emprendía por encargo de nuestro gobierno la publicacion de la *Historia física i política de Chile*, hai una larga serie de escritores que se propusieron consignar en libros mas o ménos estensos todos los hechos históricos ocurridos en nuestro país, acerca de los cuales pudieron procurarse noticias. Desgraciadamente, ni los escasos materiales de que disponian, ni la limitada preparacion literaria del mayor número de esos escritores, correspondian a la magnitud de este propósito. Ellos desconocieron, o quizá solo conocieron por fragmentos, las crónicas primitivas, no tuvieron a su alcance sino una porcion mui reducida de los documentos en que debe apoyarse el historiador, i solo adquirieron sobre muchos sucesos nociones vagas, incompletas i equivocadas. Sus obras, aunque fruto de un buen propósito i de una laudable laboriosidad, distan considerablemente de satisfacer la curiosidad de los lectores de nuestra época, que buscan en la historia algo mas que la relacion interminable i desordenada de batallas muchas veces de escaso interes. Esos libros, por otra parte, prestan un servicio de importancia apénas relativo al historiador que dispone de mas abundantes materiales para comprobar la verdad. Coordinadas con poco método, concebidas con escasa crítica no solo para juzgar los sucesos sino para apartar las tradiciones falsas i a veces las patrañas mas absurdas, esas historias, al paso que carecen de un estudio cabal de los hechos i de los documentos históricos, olvidan casi por completo los acontecimientos que no son de un carácter militar, descuidan la cronología i cada una de ellas reproduce i aumenta los mismos errores que se hallaban consignados en los libros anteriores.

Esta censura de las obras de esta clase, no puede hacerse, con todo, sin algunas restricciones. Los autores de esas historias jenerales, que han llevado la narracion hasta los sucesos de su tiempo, nos han legado acerca de éstos, noticias que colocan sus libros, a lo ménos en la última parte, en la categoría de las crónicas o memorias escritas por los contemporáneos de los hechos que cuentan. Hai, por otra parte, entre las historias de este jénero, dos que por méritos diferentes, merecen una mencion especial.

La primera de ellas es el *Compendio de la historia civil del reino de Chile*, escrito en italiano por el abate chileno don Juan Ignacio Molina, publicado en Bolonia en 1787, en un solo volúmen en 8.º, i traducido mui poco mas tarde a varios idiomas. Fruto de una intelijencia sólida i cultivada, meditado con un criterio mui superior al de los otros historiadores que emprendieron un trabajo análogo, i escrito con una rara elegancia, ese compendio adolece, sin embargo, de varios inconvenientes que amenguan su mérito indisputable. Es demasiado sumario, i por tanto satisface solo a medias la curiosidad del que desea instruirse en la historia de los oríjenes i del desenvolvimiento de un pueblo. Obligado el autor a residir en un país en que no podia procurarse sino mui escasos materiales para la obra que habia acometido, tuvo por fuerza que reducir su investigacion, i que limitarse casi esclusivamente a dar nueva redaccion a las historias que entónces existian, repitiendo sus numerosos errores de detalle, pero animando su libro con mas vida i con un espíritu crítico i filosófico de que aquellas obras carecen absolutamente. Su narracion se detiene en los sucesos de la segunda mitad del siglo pasado, de manera que a esas otras desventajas, une la de ser mui incompleta para nosotros.

La estensa *Historia política de Chile* que lleva el nombre de don Claudio Gay, i que forma ocho volúmenes en 8.º, aunque superior a las obras históricas que la precedieron, no ha satisfecho tampoco la necesidad de una historia jeneral. Naturalista laborioso, explorador infatigable, Gay no estaba preparado por sus estudios especiales ni por la inclinacion de su espíritu para acometer trabajos históricos. Sin embargo, poniendo en ejercicio su empeñosa actividad, dió cima a una

obra desigual en mérito, pero que tiene partes recomendables. Son estas últimas las que ha trabajado por sí mismo, esto es, los primeros años de la conquista, i la historia de la revolucion i de la república. Pero, obligado a prestar una atención preferente a la historia natural del país, confió a manos subalternas la composición de una gran porción de la historia civil. Sus colaboradores se limitaron casi exclusivamente a dar nueva forma a las llamadas historias jenerales que entónces existían. El lector encuentra allí el tejido mas o ménos completo i ordenado de los hechos; pero concebido con escaso estudio de las fuentes históricas, sembrado de graves i frecuentes errores, i falto en su conjunto i en sus accidentes de todo aquello que puede darnos a conocer la vida, las ideas i el carácter de los tiempos pasados. Es difícil concebir una historia que satisfaga ménos las exigencias de un lector de nuestros días.

Un exámen casi superficial de esas obras bastaba para producir el convencimiento de que la historia de Chile estaba por rehacerse en casi todas sus partes, i de que debía emprenderse este trabajo con el mismo espíritu de prolija investigación i de crítica escrupulosa que algunos escritores nacionales han aplicado al estudio de ciertos períodos o de materias determinadas. Cuando hace mas de treinta años me propuse adquirir un conocimiento regular i ordenado de la historia patria, pude penetrarme de que no eran los materiales lo que faltaba para llevar a cabo esta obra de reconstrucción. Los archivos nacionales guardaban un considerable caudal de documentos, de donde era fácil sacar abundantes noticias para rectificar i para completar las que hasta entónces corrían en los libros impresos o manuscritos que circulaban con el nombre de historia de Chile. El estudio paciente de mui pocos años bastaba, sin embargo, para agotar el material histórico de esos archivos, donde por otra parte habían hecho rudos i deplorables estragos la acción destructora del tiempo i el descuido de las viejas jeneraciones de gobernantes i de oficinistas, a punto de haber desaparecido una buena parte del material legado por los dos primeros siglos de la colonia.

Pero en España se conserva casi intacto el mas rico tesoro de docu-

mentos relativos a nuestra historia antigua, guardado en el inmenso archivo de Indias que existe en Sevilla. Conservado con esmero, clasificado con un método que facilita hasta cierto punto la investigación, ese archivo encierra, entre otras preciosidades, la correspondencia que los virreyes i gobernadores de América mantenían con el rei, los procesos de residencia de aquellos mandatarios, las quejas i acusaciones que se formulaban contra éstos, las relaciones de méritos de los que pedían alguna gracia al soberano, derroteros de viajes i exploraciones, memoriales o notas sobre muchos hechos o sobre la descripción de estos países, i un número considerable de expedientes i papeles sobre negocios militares, relijiosos, civiles i administrativos. El régimen esencialmente centralizador que los monarcas españoles crearon para el gobierno de sus colonias, aun de las mas apartadas, pudo ser muy desfavorable para el desarrollo de éstas; pero ha sido de la mas grande utilidad para la construcción de la verdadera historia. Todos los funcionarios civiles, militares i eclesiásticos estaban obligados a dirigirse al rei para informarlo acerca de los asuntos que corrian a cargo de cada uno de ellos. El rei, por su parte, dictaba desde Madrid todas las leyes, todas las instrucciones i hasta las ordenanzas de policía para el gobierno de sus colonias. Esos informes de los subalternos, i esos mandatos del soberano, que son la fuente mas abundante de informaciones seguras acerca de la historia americana, forman por sí solas muchos millares de legajos que ofrecen un campo casi inagotable a la investigación histórica. Guardados con obstinada reserva durante siglos, esos documentos no fueron conocidos sino por unos pocos historiadores. Un espíritu mucho mas ilustrado los ha puesto en nuestro tiempo a la disposición de los hombres estudiosos de todas las naciones.

Aunque los legajos referentes a Chile ocupan por su número un rango modesto en el archivo de Indias, respecto sobre todo del inmenso caudal de materiales que allí existen sobre las otras colonias, i en especial respecto del Perú i de la Nueva España, su estudio me ocupó muchos meses de los años de 1859 i 1860. Por mí mismo tomaba notas de los documentos ménos importantes, extractaba voluminosos expedientes, abreviaba estensos i difusos memoriales, al mismo

tiempo que hacia copiar por varios escribientes, experimentados en esta clase de trabajos, todas las piezas que creia de importancia capital. Formé así una estensa i valiosa coleccion de manuscritos que me permite reconstruir por completo una gran parte, si no el todo, de la historia antigua de Chile (1).

Mis investigaciones en el archivo de Indias no se limitaron a la seccion clasificada bajo el nombre de Chile. Entre los documentos concernientes al Perú, hallé muchos relativos a nuestro país, como cartas de los gobernadores a los virreyes, o espedientes sobre asuntos chilenos tramitados en Lima. Estoy persuadido, sin embargo, de que a pesar de mi diligencia, queda en esta última seccion algo de que no pude tomar conocimiento, i que mas tarde podran quizá esplotar otros investigadores mas afortunados.

En España, ademas, pude procurarme muchos otros materiales. En el riquísimo archivo de Simancas, donde estuvieron depositados hasta fines del siglo último, los documentos relativos a la América hallé algunos legajos concernientes a Chile que contenian piezas de grande utilidad. La biblioteca de la Academia de la Historia, de Madrid, posee una preciosa seccion de manuscritos, i entre ellos la mayor parte de la importante coleccion de notas i documentos formada a fines del siglo anterior por el laborioso historiógrafo don Juan Bautista Muñoz. En la Biblioteca Nacional de Madrid i en las colecciones de algunos particulares, me proporcioné copias de numerosas relaciones i de varias crónicas, dos de ellas en verso, que eran absolutamente desconocidas

(1) Diez años mas tarde, don Benjamin Vicuña Mackenna hizo sacar copia de un gran número de documentos del mismo archivo de Indias, i formó una coleccion tan valiosa como abundante, que conserva cuidadosamente distribuida i empastada. Naturalmente, nuestras colecciones, la suya i la mia, tienen muchos documentos comunes, pero hai tambien en cada una de ellas piezas que faltan en la otra, de tal suerte que ámbas se completan. Así, en la coleccion del señor Vicuña he hallado copias íntegras de ciertos documentos, informaciones i espedientes, de que solo poseia extractos en la mia. Felizmente para mí, cuando he emprendido el trabajo de redaccion, he podido disponer a la vez de ámbas colecciones, gracias a la ilustrada jenerosidad de este antiguo amigo que sin reserva alguna ha puesto a mi disposicion su estenso i precioso archivo de manuscritos para la historia nacional.

en nuestro país. En España i en otros países de Europa pude tambien completar mis colecciones de libros impresos sobre la historia i la jeografía de América. En ellas he logrado reunir despues de mas de treinta años de afanosas dilijencias, casi todos los libros i opúsculos que directa o indirectamente se refieren a la historia de Chile.

Una vez en posesion de estos abundantes i valiosos materiales, he pensado en utilizarlos en una obra jeneral i de conjunto que sin aspirar a ser la historia definitiva de nuestro país, satisfaga por el presente la necesidad que hai de un libro de esta naturaleza. Pero si me es dado tener confianza absoluta en la solidez de los materiales que tenia reunidos, todo me induce a temer por el resultado de esta tentativa. La historia jeneral de una nacion, por corta que sea la vida política que ésta ha tenido, exige una estensa i prolija investigacion sobre las mas variadas materias. Una historia de esta clase no puede ser la obra de un solo hombre, a ménos que existan abundantes estudios parciales que hayan preparado una parte considerable del trabajo de investigacion i de esclarecimiento fundamental de los hechos. Aunque, como ya he dicho, no faltan ensayos de esta clase acerca de la historia chilena, son todavía poco numerosos i no tratan mas que algunos de los múltiples asuntos que deben figurar en una historia jeneral.

Pero aun contando con esos trabajos preparatorios, la composicion de una obra de la naturaleza de la presente, habria desalentado a quien hubiese acometido esta empresa con propósitos ménos modestos que los míos, es decir, con el designio de escribir una historia de aspiraciones filosóficas i literarias, i no un cuadro ménos aparatoso de noticias estudiadas con seriedad i espuestas con claridad i sencillez. Era preciso abarcar en su conjunto la vida de una nacion, dar a conocer los diversos elementos que la han formado i que han procurado su desenvolvimiento, i descubrir con criterio seguro la influencia reciproca de esos elementos. La historia de la sucesion ordenada de los gobernantes de un pueblo, de las guerras que sostuvieron, i de las mas aparatosas manifestaciones de la vida pública, no satisface en nuestra época a los lectores ilustrados. Buscan éstos en las relaciones del pasado algo que lo haga conocer mas completamente, que explique su es-

píritu, su manera de ser, i que revele las diversas faces porque ha pasado la sociedad de que se trata. Para muchos de ellos, la relacion prolija de acontecimientos, por pintoresca i animada que sea, tiene escasa importancia.

De aquí han nacido las historias vulgarmente llamadas filosóficas, con pocos hechos, o en que éstos ocupan un lugar secundario i como simple accesorio que sirve de comprobacion de las conclusiones jenerales. En manos de verdaderos pensadores i de escritores ilustres, la historia concebida en esta forma, ha adquirido una grandiosidad sorprendente, nos permite observar en un cuadro jeneral i concreto, la marcha progresiva de la humanidad, i apreciar en su conjunto las leyes morales a que está sometido su desenvolvimiento. Este jénero de historia, instructivo e interesante para los lectores cultos, no es todavía propiamente popular, porque para ser comprendido i apreciado, es indispensable cierta preparacion intelectual que no es del dominio de la mayoría. Exije ademas del autor, a la vez que un juicio claro i penetrante, ajeno a todo espíritu de sistema, un conocimiento exacto i profundo de los hechos, por mas que estos tengan poca cabida en su libro. Cuando el historiador no posee estas condiciones, no llega a otro resultado que el de combinar una serie de jeneralidades mas o ménos vagas i declamatorias, una especie de caos que no procura agrado ni instruccion, una obra fútil i de escaso valor, que solo puede cautivar a los espíritus mas superficiales.

Al emprender esta historia, he adoptado de propósito deliberado el sistema narrativo. Me he propuesto investigar los hechos con toda precijidad en los numerosos documentos de que he podido disponer, i referirlos naturalmente, con el órden, el método i la claridad que me fuera posible para dejarlos al alcance del mayor número de los lectores. Sin desconocer la importancia de la aplicacion del método sintético o filosófico al arte de escribir la historia, he obedecido en mi eleccion a razones que creo necesario esponer.

En primer lugar, la llamada historia filosófica es la última transformacion del arte histórico. No puede existir sino a condicion de que la historia haya pasado por las otras faces, de que haya llevado a cabo

un estudio atento i minucioso de los documentos i de los hechos, i de que haya establecido definitivamente la verdad, despojándola de fábulas i de invenciones, i echado así los cimientos sobre los cuales debe construirse la historia verdaderamente filosófica. El estudio de los hechos no ha llegado todavía entre nosotros a este grado de perfeccionamiento. Existen, como hemos dicho, trabajos parciales de un mérito indisputable, pero estan contraidos a mui cortos períodos o a materias mui determinadas; de modo que queda aun mucho por investigar para tener un cuadro aproximativamente verdadero de los hechos sobre los cuales puedan basarse esas obras de conjunto i de conclusiones jenerales.

La historia narrativa, en segundo lugar, se dirige a mayor número de lectores, agrada a veces con el interes de una obra de imaginacion, i nos da a conocer las individualidades mas o ménos prominentes de los tiempos pasados, de que hace abstraccion casi por completo la historia conocida comunmente con la denominacion de filosófica. Aunque la importancia de un gran número de personajes que figuraron en un siglo, desaparece mas o ménos con el trascurso de los tiempos, siempre hai un interes, aunque sea el de simple curiosidad, por conocer sus hechos i su carácter. Ha llegado a decirse que relegada por el movimiento científico e industrial de nuestra época i mas aun por el de los tiempos futuros, la historia, a lo ménos tal como ahora se la comprende, tiene que desaparecer del número de los estudios que preocupan a la humanidad (1). Esta opinion no puede ser sino

(1) «Las ciencias históricas, dice M. E. Renan, pequeñas ciencias conjeturales que se deshacen sin cesar despues de haber sido hechas, i que se descuidarán dentro de cien años. En efecto, se ve aparecer una época en que el hombre no prestará mucho interes a su pasado. Me temo mucho que nuestros escritos de precision de la Academia de bellas letras e inscripciones, destinados a dar alguna exactitud a la historia, se pudran ántes de haber sido leidos. La química por una parte, la astronomía por otra, i la fisiología sobre todo, nos daran verdaderamente el secreto del ser i del mundo. El pesar de mi vida es el haber escojido para mis estudios un jénero de investigaciones que no se impondrá nunca, i que quedará siempre en el estado de interesantes discusiones sobre una realidad desaparecida para siempre.» E. Renan, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* en la *Revue des deux mondes* del 15 de diciembre de 1881.

relativamente exacta. Es cierto que mas tarde, cuando la historia mas vasta i mas complicada en su conjunto, llegue a ser un estudio mucho mas difícil, habran de interesar ménos que al presente los accidentes biográficos; pero siempre habrá en cada pueblo hombres que desearán conocer los antecedentes de su raza, i lo que fué la vida de sus antepasados. Este estudio es una necesidad intelectual de que difícilmente podrá desprenderse el espíritu de los hombres, por diversas que sean las aspiraciones de las edades futuras. La historia narrativa tendrá en los siglos venideros ménos adeptos, pero siempre contará algunos aficionados.

En tercer lugar, la forma narrativa no excluye de la historia las aplicaciones del jénero filosófico: ántes por el contrario, las exige; i aun éstas llegan a constituir uno de sus elementos indispensables. Puede decirse que ámbos jéneros se combinan fácilmente en una sola obra, haciéndola mas instructiva e interesante. Si por historia filosófica se comprende un tejido de jeneralidades aplicables igualmente a todos los tiempos i a todos los países, o de disertaciones morales i políticas, como lo han creído algunos espíritus superficiales, será sin duda difícil o a lo ménos embarazoso refundirla en la historia narrativa. Pero, si por aquella se entiende el encadenamiento lójico de los hechos, su sucesion natural esplicada por medio de las relaciones de causas i de efectos, el estudio no solo de los sucesos militares i brillantes, sino de todos los accidentes civiles i sociales que pueden darnos a conocer la vida de otros tiempos, lo que pensaban i sufrían las jeneraciones pasadas, así como su estado moral i material, sin duda que esas nociones deben tener cabida en el cuadro narrativo de los hechos, i aun desprenderse sencillamente de éstos.

Es preciso no disimularse que la historia narrativa comprendida de esta manera, presenta las mas graves dificultades, i exige en el historiador dotes intelectuales que a pocos es dado poseer. La edad moderna, como ya dijimos, no se contenta con hallar en la historia el cuadro de los sucesos políticos i militares, sino que reclama noticias de otra clase, descuidadas ordinariamente ántes de ahora, i que sin embargo, son las que nos hacen penetrar mejor en el conocimiento de

los tiempos pasados. La historia de un pueblo no es ya únicamente la de sus gobernantes, de sus ministros, de sus jenerales, i de sus hombres notables, sino la del pueblo mismo, estudiado en todas sus manifestaciones, sus costumbres, sus leyes, sus ideas, sus creencias, su vida material i moral; i debe ademas estar espuesta con la mas trasparente claridad para que del conjunto de hechos tan complejos, resulte la reconstruccion artificial pero exacta del pasado. El historiador, como se comprende, tiene que dar una grande amplitud a sus trabajos de investigacion, que estenderlos a materias que en otras épocas se creian ajenas de la historia, i que combinar sus noticias para hacer entrar en el cuadro de los hechos, los accidentes morales i materiales que contribuyen a dar toda la luz posible sobre los tiempos que deseamos conocer.

La labor de investigacion que recae sobre esta clase de accidentes, exige una sagacidad particular. Hace medio siglo un insigne crítico que mas tarde fué uno de los grandes historiadores de nuestro tiempo, decia a este respecto lo que sigue: «Las circunstancias que mas influyen en la felicidad de la especie humana, los cambios en las costumbres i en la moral, el movimiento que hace pasar las sociedades de la pobreza a la riqueza, de la ignorancia a la instruccion, de la ferocidad a la humanidad, son en su mayor parte revoluciones que se operan sin ruido. Sus progresos son rara vez señalados por lo que los historiadores han convenido en llamar acontecimientos importantes. No son los ejércitos quienes los ejecutan, ni los senados quienes los votan. No han sido sancionados por tratados ni inscritos en los archivos. La corriente superficial de la sociedad no nos da ningun criterio seguro para poder juzgar cual es la direccion de la corriente inferior. Leemos las relaciones de derrotas i de victorias; pero sabemos que las naciones pueden ser desgraciadas en medio de las victorias i prósperas en medio de las derrotas» (1). Solo una penetracion verdaderamente su-

(1) Lord Macaulay, *On history*, artículo de la *Edimbourgh Review* de mayo de 1828.—Señalando las dificultades con que tiene que luchar el historiador, Macaulay dice majistralmente lo que sigue: «Escribir la historia convenientemente, es decir, hacer sumarios de los despachos i extractos de los discursos, repartir la dosis

perior i un largo hábito de estudios históricos, pueden habilitar al investigador para penetrar con paso firme i seguro en la observacion de esta clase de hechos.

Si esta dificultad es verdaderamente enorme cuando se trata del estudio de los hechos materiales, es todavía mayor si se quiere penetrar su espíritu, así como el carácter de los hombres i de los tiempos pasados. «Se insiste mucho en nuestros días, i con razon, dice un célebre crítico contemporáneo, en la necesidad que tiene el historiador de hacer abstraccion del medio intelectual i moral en que se encuentra colocado. Se quiere que se separe de su siglo, i en cierta manera de sí mismo, de sus propios sentimientos, de sus propias ideas, a fin de entrar mejor en el espíritu de los tiempos pasados. La recomendacion es buena, pero es mas difícil de seguirse de lo que parece. Se necesita un grande hábito en las investigaciones históricas para saber cuánto difiere el hombre antiguo del hombre moderno: se necesita una flexibilidad de espíritu poco comun para trasportarse a una antigüedad remota i asociarse un momento a sus preocupaciones i pasiones. Se necesita una alta imparcialidad de espíritu para desligarse de su propia manera de ver, i para renunciar a hacer de ella la regla de lo verdadero» (1).

requerida de epítetos encomiásticos o indignados, dibujar por medio de antítesis los retratos de los grandes hombres hasta poner en relieve cuantas virtudes i vicios contradictorios se combinaban en ellos, son todas cosas mui fáciles. Pero ser realmente un verdadero historiador es quizá la mas rara de las distinciones intelectuales. Hai muchas obras científicas que son absolutamente perfectas en su jénero. Hai poemas que nos inclinan a declararlos sin defectos, o marcados solo por algunas manchas que desaparecen bajo el brillo jeneral de su belleza. Hai discursos, muchos discursos de Demóstenes particularmente, en que seria imposible cambiar una sola palabra sin imperfeccionarlos. Pero no conocemos un solo libro de historia que se acerque a la historia tal como concebimos que debería ser, i que no se desvie grandemente ya a la derecha ya a la izquierda de la línea exacta que debía ser su verdadero camino.»

Estos conceptos que el autor desarrolla con tanta erudicion como criterio en algunas pájinas llenas de brillo, son desalentadores para los que aspiran a producir obras históricas de aparato literario i filosófico; pero no deben desalentar a los que con propósitos mucho mas modestos, pretenden solo contar con método i claridad los sucesos que han estudiado prolijamente.

(1) Edmond Scherer, *Etudes critiques sur la littérature contemporaine*. (Paris, 1863), páj. 189

Si es casi absolutamente imposible el desempeñar en toda su estension este vasto i difícil programa impuesto a los estudios históricos por las necesidades i exigencias de nuestra época, si es dado a muy pocos hombres el acercarse siquiera a ese resultado, no debe el historiador dejar de poner de su parte el esfuerzo posible para servir a esos propósitos. Desgraciadamente, por lo que respecta a nuestro pais, las relaciones i documentos que nos ha legado el tiempo pasado, son en su mayor parte de un carácter puramente militar. La guerra de mas de dos siglos que ocupó a los españoles conquistadores de nuestro suelo, i mas tarde la guerra de nuestra independencia, forman el material preferente de esas piezas, porque era tambien la guerra el asunto que mas preocupaba la atencion de nuestros mayores. Sin embargo, al lado de ella se operaba lentamente, sin estrépito ni aparato, una trasformacion social de esas que apenas dejan huella en los documentos. Un investigador paciente encontrará en ellos si no toda la luz que puede apetecer, la suficiente para que la historia que se propone escribir no quede a este respecto en la oscuridad en que la dejaron casi todos los historiadores i cronistas anteriores.

Mi principal empeño ha sido el recojer este órden de noticias. Sin descuidar la crónica militar, que tiene una importancia tan capital en la historia de nuestro pasado, ántes por el contrario, esclareciéndola con el fruto de nuevas i mas prolijas investigaciones, rectificando los numerosos errores con que habia sido contada, esforzándome en relacionarla en sus causas i en sus efectos con los sucesos de otra clase, he querido acercarme cuanto me era dable a escribir una historia civil de Chile. En esta tentativa no pretendo siquiera el mérito de la originalidad de haber introducido en nuestra historia un elemento i una forma que le fueran desconocidos. Algunos escritores modernos de nuestro pais habian ensayado ya este sistema, i han producido obras de un mérito indisputable. No necesito recordar la mas notable de todas ellas, *Los precursores de la independencia de Chile* en que don Miguel Luis Amunátegui ha trazado con elevado criterio i con la mas rica erudicion muchas de las facetas de la vida social de la colonia. Mi libro, aumentando el caudal de noticias, presentándolas en un cuadro

mas vasto, i en un órden cronológico, a la par con los sucesos políticos i militares, aspira a completar en la medida de lo posible el conocimiento de nuestro pasado.

En el curso de estas páginas he tenido cuidado particular de hacer hablar los antiguos documentos o las viejas relaciones, sea reproduciendo literalmente sus propias palabras, sea abreviándolas para darles una forma mas clara i mas concreta. En todo caso, me he esmerado en poner al pié de cada página la indicacion exacta del documento o del libro que me sirve de guia. Es posible que para algunos lectores, esta abundancia de citas no tenga ningun interes, i aun que pueda parecer embarazosa. Sin embargo, los que se dedican a este órden de estudios estimarán de otra manera nuestras indicaciones. Cualquiera persona que se haya contraído un poco a los trabajos de investigacion histórica, sabe cuán útiles son las referencias bibliográficas, i cuanto facilitan la tarea. (1)

Ademas de estas notas de simple referencia, he destinado otras mas estensas i aun a veces capítulos enteros, a dar a conocer algunos documentos, a señalar la importancia histórica de ciertas relaciones, i a consignar noticias biográficas de sus autores. Estas indicaciones bibliográficas sirvan, segun creo, no solo para establecer la importancia relativa de cada pieza o de cada libro, sino para guiar en el trabajo de investigacion a los que se dedican a este jénero de estudios. Esas apreciaciones, jeneralmente sumarias, son sin embargo el resultado del exámen detenido que he tenido que hacer de los documentos i de las crónicas.

En estas notas me he limitado de ordinario a señalar sólo las autoridades verdaderamente respetables, es decir la de los documentos o relaciones contemporáneas de los sucesos, absteniéndome casi siempre de refutar los asertos que sobre los mismos hechos se hallan en los

(1) En las citaciones de documentos, he omitido casi siempre la indicacion de que son inéditos, para evitar repeticiones. Cuando cito alguna pieza que ha sido publicada ántes de ahora, tengo ordinariamente cuidado de advertirlo así, señalando el libro en que se encuentra. Debe entenderse que cuando falta esta indicacion, es porque el documento de que se trata permanece manuscrito.

cronistas e historiadores posteriores. El estudio detenido de estos, i su comparacion con los documentos primitivos, revelan tantos, tan graves i tan frecuentes errores que su autoridad debe parecer en todo caso sospechosa, a ménos de existir pruebas en contrario. La demostracion de esos errores, me habria llevado demasiado léjos, obligándome a llenar tomos enteros con esplicaciones engorrosas i casi innecesarias. En este punto, me bastará repetir aquí lo que he dicho algunas pájinas mas atras: los llamados cronistas o historiadores de la era colonial no merecen confianza sino en lo que cuentan respecto del tiempo en que vivieron. Sus noticias acerca de los sucesos anteriores, adolecen de todo jénero de equivocaciones. Solo una que otra vez han consignado en sus libros algun documento que no ha llegado hasta nosotros en otra forma, i que el historiador moderno puede utilizar. La verdadera crítica histórica es de implantacion moderna en nuestra literatura. Ha comenzado solo con los apreciables trabajos que han dado a luz algunos historiadores chilenos en los últimos cuarenta años.

Debo terminar estas pájinas con una declaracion de la mas absoluta franqueza. Aunque he puesto la mas empeñosa dilijencia en reunir en largos años de trabajo, i sin perdonar sacrificios, los materiales para preparar esta historia, aunque he podido disponer de un vasto i precioso arsenal de libros i de documentos en su mayor parte desconocidos a los historiadores jenerales de Chile que me han precedido, i aunque los he estudiado con la mas esmerada prolijidad para sacar de ellos las noticias mejor comprobadas i las mas útiles, estoi persuadido de que mi libro no es mas que un estenso bosquejo de la historia nacional, que será sobrepujado en breve por trabajos mejor elaborados. La historia, como se sabe, está sujeta a transformaciones sucesivas. «Así como los hombres i los pueblos no han pensado ni obrado siempre con las mismas disposiciones, decia un distinguido historiador frances, de Barante, así tambien no han visto los hechos pasados bajo el mismo aspecto.» Cada edad busca en la historia nuevas lecciones, i cada una exige en sus pájinas otros elementos i otras noticias que habian descuidado las edades anteriores. Pero aun sin contar con esta

lei fatal que ha condenado a un olvido casi completo a muchas obras de un mérito real i que tuvieron gran crédito en la época de su publicación, tengo otros motivos para creer que ántes de mucho, esta historia será reemplazada por obras de un mérito mas duradero. La investigación prolija i completa de nuestro pasado está apénas comenzada. Creo que mi libro contribuirá no poco a adelantarla i que en algunos puntos será difícil pasar mas allá, pero nuevos investigadores, mas afortunados que yo, podrán rehacer muchas de estas pájinas con mas luz, en vista de documentos que apesar de mi empeño, me han quedado desconocidos.

Por otra parte, bajo el punto de vista del arte de composición, mi libro deja sin duda alguna no poco que desear. Empeñado sobre todo en descubrir la verdad en millares de documentos, con frecuencia embrollados i confusos, cuando no contradictorios entre sí, como sucede en las piezas de los procesos, escritos muchos de esos documentos en una letra casi ininteligible para nosotros, i que sin embargo me ha sido necesario descifrar con paciencia (1), no me era dado prestar una aten-

(1) No es por cierto el menor de los trabajos que impone el estudio de los viejos documentos históricos, la interpretación de escrituras muchas veces casi ininteligibles. Aunque la constancia i el hábito vencen en parte esta dificultad i habilitan al investigador para leer casi corrientemente manuscritos que a primera vista parecen indescifrables, he tenido siempre a la mano algunos tratados especiales que me han sido de grande utilidad. Debo recordar como el mejor quizá de todos ellos, i el que mas me ha servido, la *Escuela de leer letras cursivas antiguas i modernas* por el P. Andres Merino, que forma un hermoso volúmen en folio, impreso en Madrid en 1780 con todo el lujo de la edad de oro de la tipografía española.

La lectura de esos viejos documentos me ha confirmado la verdad de una observación que ha hecho el padre Merino al final del prólogo de su obra. "No deja de ser verdad, dice, que la mayor parte de las letras del siglo décimo sexto (i pudo haber agregado de la primera mitad del siglo siguiente) parecen caracteres nigrománticos, en especial por lo tocante a cartas; i se debe notar una cosa bastante singular, i es que a escepcion de los escribanos, i los que tenían oficio de escribir cartas, los demas escribian bien claro e igual, i con una letra peladita i limpia." En efecto, al paso que los escribanos i los copistas de oficio, por engalanar la escritura o por cualquiera otro motivo, la recargaban de rasgos i de adornos que la convertian a veces en una especie de jeroglíficos casi indescifrables, cuando no verdaderamente indescifrables, las personas de alguna cultura que escribian por sí mismas, usaban de ordinario una letra bastante clara, i que se asemeja mucho a la del siglo pasado. Así,

cion preferente al trabajo puramente literario, i he cuidado mas el fondo que la forma. Me he empeñado en reunir en cuanto me ha sido dable todas las noticias que pueden interesar o ser útiles a la posteridad, en fijar su exactitud, i en agruparlas ordenadamente sin aparato i sin pretensiones literarias, buscando en la ejecucion solo la mayor claridad a que me era posible alcanzar.

A pesar de todo, sin hacerme ilusiones sobre el mérito de mi libro, creo que puede ser útil en el estado actual de los conocimientos sobre la historia nacional. Los lectores chilenos hallarán en él un cuadro de los acontecimientos de nuestro pasado en que no escasean las noticias recojidas en las fuentes mas autorizadas, i espuestas con el sincero propósito de no escribir mas que la verdad.

al paso que los libros del cabildo de Santiago, escritos por escribanos de oficio, tienen páginas cuya interpretacion impone el mas fatigoso trabajo, i deja siempre lugar a dudas en algunos pasajes, sobre todo por ciertas abreviaciones casi inesplicables, el manuscrito orijinal de la crónica de Góngora Marmolejo, conservado en la biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid, escrito por los años de 1575 con dos letras diferentes, se lee casi corrientemente.

La letra usada en esa época en las escrituras i en los documentos públicos, era confusa i oscura para los mismos contemporáneos, i se acarrió no pocas veces las barlas. Cuenta Cervantes que cuando don Quijote encargaba a Sancho que hiciera copiar por un maestro de escuela o por un sacristan la carta que habia escrito para Dulcinea (*Don Quijote*, parte I, cap. 25), tuvo cuidado de hacerle esta recomendacion: "I no se la des a trasladar a ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas." El historiador, sin embargo, está forzado por la necesidad de la investigacion, a interpretar manuscritos que segun la burlesca asercion de Cervantes, no habria entendido el mismo Satanas.
